

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Damià Roure, monje de Montserrat
8 de febrero de 2009
Job 7,1-4.6-7; 1Cor 9,16-19.22-23; Mc 1,29-39

Queridos hermanos y hermanas:

El evangelio nos acaba de presentar a grandes rasgos una jornada de Jesús en Galilea, una jornada que podía ser un día cualquiera de su ministerio. Era sábado, y el día empezó en la sinagoga; Jesús tomó la palabra y la gente oyó y experimentó la fuerza y la cordialidad de su palabra. Saliendo de la sinagoga, fueron a casa de Simón y Andrés y encontraron enferma a la suegra de Pedro. La jornada continuaba por la noche delante de la puerta de la casa y, de madrugada, Jesús, se encontraba en un lugar solitario, orando. Como todo el mundo lo buscaba, Jesús continuó su camino hacia los pueblos vecinos para predicar.

Aunque la agenda de este día podría parecer normal, san Marcos no deja de consignar la humanidad de Jesús y la confianza que suscitaba. Dando la mano a la suegra de Pedro, la hizo levantarse. Cuánta confianza y fortaleza no debió transmitir Jesús. Si una cosa sobresale, pues, de esta jornada en Cafarnaún es, por una parte, la fuerza comunicativa de Jesús, su capacidad de infundir esperanza -con hechos y con palabras-, y, de la otra, su entrañable proximidad a las personas que, por la circunstancia que fuera, estaban más necesitadas de apoyo, de curación y de proximidad.

Si la actividad de Jesús nos presenta una cara de la medalla, es decir, su disposición a anunciar la salvación y a ayudar a todo el mundo, la otra cara de la medalla la encontramos en aquellas palabras de los discípulos: «todo el mundo te busca». Palabras que reflejan la sed que sus contemporáneos y, en definitiva, los hombres de todos los tiempos tenemos -más o menos conscientemente- de un punto de referencia personal a prueba de todo. Por muchas vueltas que demos, nosotros, cristianos, acabamos encontrando siempre al final este punto de referencia esencial y personal en Cristo. Él nos manifiesta como nadie de qué manera la persona humana puede ser y es aceptada íntegramente por Dios, y respaldada -cuando se presenta tal como es-- para ir adelante, en el día a día, y en los claroscuros de la vida.

En realidad, para la fe cristiana, los sufrimientos poco nos alejan de Dios, más bien nos conducen a una comunión más profunda con Él. Nuestra fe cristiana es esencialmente comunión con Cristo, con el Cristo que procuró vencer el mal con el bien y, al mismo tiempo, con el Cristo que cargó con nuestros dolores hasta el sufrimiento mismo de la cruz. Este doble combate es lo que nos hace tan próximo a Jesús, combate hecho de aguante y de esperanza, que es como un paradigma de la vida personal de cada uno.

Nos damos cuenta de que el poder de Cristo convive con la debilidad humana, que su camino es hecho de estima y de cruz. Pero Jesús nos hace entender, con su estilo y manera de vivir, que la esperanza nos es dada cada mañana, y que podemos acoger su principio de esperanza como una herramienta de trabajo para vivir la jornada y para enfocar cada etapa de nuestra vida de cada día.

Cuando nos fijamos en la actividad de Jesús, tal como lo hemos oído hoy en el evangelio, nos damos cuenta de que puede atender múltiples demandas: animar, curar, quedarse momentos orando, llevar la buena nueva de un sitio a otro, como una auténtica misión. Pero en el fondo es el único y el mismo Jesús quien realiza todas

estas actividades, el amado de Padre y hermano nuestro. Como tal nos acompaña. Confiemos, pues, en él y pongámonos a su alcance, y junto con su espíritu de hermandad sintámonos responsables del trabajo que se nos pide a todos para ayudar a vencer el hambre.

La Eucaristía que celebramos ahora nos ayudará a esperar y a reconocer todos los bienes que nos vienen de Dios, y nos fortalecerá para vivir con sinceridad nuestra fe de cristianos.